

PENA DE EXTRAÑAMIENTO

ENRIQUE LIHN
PENA DE EXTRAÑAMIENTO



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Lihn, Enrique / Pena de extrañamientos

Santiago de Chile:
Ediciones Universidad Diego Portales, 2017,
1ª edición, p. 68, 18,5 x 26,5 cm.

Dewey: Ch861
Cutter: F225
Colección Poesía

Materias: Poesía Chilena
Lihn, Enrique, 19xx-

PENA DE EXTRAÑAMIENTO
ENRIQUE LIHN

© Enrique Lihn, 2017
© Universidad Diego Portales, 2017

Primera edición: julio de 2016
ISBN 978-956-314-353-9
Inscripción n° 267.785 en el Registro de Propiedad Intelectual

Universidad Diego Portales
Dirección de Publicaciones
Av. Manuel Rodríguez Sur 415
Teléfono: (56 2) 2676 2136
Santiago – Chile
www.ediciones.udp.cl

Edición a cargo de Adán Méndez
Diseño: Carlos Altamirano
Foto portada:
Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.

ÍNDICE

Pena de extrañamiento	11
Pascuas en Nueva York	16
El arte y la vida	19
Woman bathing in a shallow tub	20
El amanecer 1809	21
Kandinsky 1904	23
Olana	24
My Little dream child	27
La criatura	28
Ciego en el subway	29
El punto ciego del ojo	30
La risa abunda en boca de los jóvenes	31
La guitarrista más hermosa del mundo	32
Goddard 1980	33
Para A	34
Cajas de Joseph Cornell	36
Manhattan, paso	37
Postal de la India	38
Me despido de Claudia, en Manhattan	39
Larga distancia	40
Asaltante nocturno (Nápoles 1965)	41
La efímera vulgata	42
Barrio Gótico	49
Gansos en el claustro	50
Hospital de Barcelona	51
Barca de los convalecientes	52

Los ángeles no lloran	53
Ojo de Barcelona	54
Duro a duro	55
De lo mismo	56
Los peregrinos de Emaús	59
Alicia en el país de las pesadillas	60
Migratorios	61
La disputa	62
Homenaje a María Rosa Lida de Malkiel	63
Disparan en la noche	64

PENA DE EXTRAÑAMIENTO

PENA DE EXTRAÑAMIENTO

No me voy de esta ciudad con la resignación de los visitantes en tránsito
Me dejo atar, fascinado por ella
a los recuerdos del presente:
cosas que no tuvieron, por definición, un futuro
pero que, ciertamente, llegaron a envejecer, pues las dejo a sabiendas
de que son, tal vez, las últimas elaboraciones del deseo
los caprichos lábiles que preanuncian la vejez.

En una barraca, cerca de Nueva York, el martillero liquidó el saldo de su
negocio
—un stock de fotografías antiguas—
ofreciéndolas a gritos en medio de la risotada de todos:
“Antepasados instantáneos”, por unos centavos
Esos antepasados eran los míos, pues aunque los adquirí a vil precio
no tardaron, sin duda, en obligarme a la emoción
ante el puente de Brooklyn
como si Manhattan, que se enorgullece de volatilizar el pasado
conservándolo en el modo de la instigación a desafiarlo
fuera mi ciudad natal y yo el hijo de esos antiguos vecinos de los que la
voz gutural
hace irrisión, y el martillo.

No me voy de esta ciudad sin haber amado aquí
a la mujer que conocí y no conocí ni haber agotado la vida conyugal
reflotando en el negocio de plantas o antigüedades.

La isla dispone de fantasmas artificiales
con que llenar los huecos de la contra-historia

Ellos ocupan en la memoria, con la naturalidad que ésta se permite en
relación a la nada
el lugar de los verdaderos ausentes: caras que vi en las bouffoneries del
Soho
directement angeliques: esas muchachas caídas de la luna a la nieve
vestidas de pierrot y sus acompañantes andróginos
fueron y no fueron mis amigos de juventud
Se congelan lágrimas que son de frío
pero que memorizan, asimismo, a John Lennon
Reconozco la nieve de antaño, que cae
sobre Blecker Street en este día acrónico
mientras se hace de noche a la velocidad simultánea del vuelo de un
murciélago
y pasan películas de mi tiempo en mi barrio.

Como si me retuviera algún negocio en la ciudad
veo a Cary Grant e Irene Dunne
que acaban de morir en una vieja comedia
víctimas del capricho de uno de los primeros automóviles deportivos
(la máquina del glamour)
Sigo sus apariciones y desapariciones
—una cita de Melies en la magia blanca y sonora de Hollywood—
la sorpresa de esta pareja en otro tiempo ideal
cuando el paisaje se espejea en ellos —los transparentes— por gracia del
celuloide.

Como mis propios fantasmas, esos figurines inverosímiles
evocan, de manera en sí misma realista —alguna época acrónica de lo
imaginario
Son los antepasados instantáneos de los deseos que provocan
en la inocencia total de sus reencarnaciones o desplazamientos
desde su absoluta lejanía en blanco y negro

El beso final no ocurre en la pantalla
sino entre la pantalla y la media luz de la sala
un corte insubsanable en que se juntan y se besan el presente y el
pasado: labios incompatibles
que ninguna comedia puede reunir.

Lo que me ata a la ciudad es todavía más irreal que ese beso
blanco, que connota glamour, escrito en la luz centelleante
(el placer del ojo en el paraíso de la visión artificial)
haciendo el reconocimiento de cómo es lo que no es
hic et nunc, en el Blecker Cinema
Esta ciudad no existe para mí ni yo existo para ella
allí, en ese punto en que los tiempos convergen
bajo la especie de la Duración
Existe para mí, en cambio, en la medida en que logro destemporalizarla
desalojarla, por unos contrasegundos, de la convención que marca el
reloj
con sus pasitos de gato en la rutina del living
Trabajo que Hércules no se soñaba
en franca competencia con la Meditación Trascendental
Si yo lo consiguiera, sentiría apoyarse desaprensivamente en mi brazo
(el de Cary Grant) la mano enguantada
pronta a desaparecer, de una muerta: Irene Dunne
–Frisson Nouveau– y entre la pantalla y la media luz de la sala
(borrado ya del tiempo el día de mi partida:
dos de enero de mil novecientos ochenta y uno)
Se tocarían (no) como para cualesquiera de los espectadores
–gatos descongelados en el invierno de Nueva York–
pasado, presente y futuro
en una unidad de medida que reúna esos tiempos incompatibles
para ellos y para mí, pero no para ellos: los veros vecinos de
Washington Square.

A diferencia mía ellos permanecerán, de hecho, en la ciudad, con el
aval de sus antepasados
a quienes, a lo mejor, pusieron en subasta
por unos centavos
y que yo mismo adquiriré en una barraca.

De una memoria de la que mi memoria se hace cargo
en la borrada fecha del dos de enero, mi cuerpo tomará el avión
para hacer, en los meros hechos, de algunas calles cuyos nombres ya no
recuerdo
y de ciertos rincones que nadie volverá a ver
recuerdos sin objeto ni sujeto
Eso en lo que concierne a mi cuerpo, mientras el invisible ciudadano de
esos rincones y esas calles
tan innotorio como lo son, al fin y al cabo, entre sí
diez millones de habitantes
seguirá aquí, delegado por la memoria
que llega a la aberración y toma entonces
no sólo la forma de mi sombra:
mi existencia hecha de algo que se le parezca
Ese doble abrirá en mí un hueco que yo mismo no podría llenar
con las anotaciones de mi diario de viajes
No me proporcionará los estímulos a los que necesite responder
cuando me pregunten en mi pueblo por la Megalópolis
Vivirá en mí de ella, simplemente, como el huésped del mesonero
coadyuvando a que mi vida sea
una versión del discours sur le peu de réalité
Porque la realidad estará allí donde ese parásito del ser se pasee
gozando de su inanidad
en tanto miseria sonora de estos versos y más allá del lenguaje
y de la vida que me sustraiga mañana cuando como un cuerpo sin la
mitad de su alma

despojado del terror que fascina, habite
en cualesquiera de esas medio-ciudades, defectuosas copias de

Manhattan

y, por lo tanto, ruinas –nuestros nidos–
antes, después y durante su construcción
algunos de mis puntos de destino
cuando me vaya y no me vaya de aquí.